

CADALSO EN SU CONTEXTO EUROPEO

El segundo centenario de la muerte de José Cadalso y Vázquez nos invita a replantear la valoración de su obra por medio de un contraste con su entorno histórico español y europeo. Si el siglo XVIII viene siendo objeto de discusión, sobre todo en los últimos decenios, en temas controvertidos como su periodización y su dependencia de influjos extranjeros, la figura de Cadalso resulta una de las más representativas de esta pluralidad de interpretaciones. Nacido en 1741, tres años antes que Jovellanos, forma parte de la misma generación, aunque la brevedad de su vida y la menor envergadura de su talento distancien ambas personalidades en nuestra perspectiva. El prerromanticismo de Jovellanos es en todo caso mucho más indiscutible y acorde con el contexto europeo; desde la muerte de Cadalso en 1782 a la suya propia en 1810 se producen convulsiones históricas como la Revolución francesa y la Guerra de la Independencia española y se desarrolla una nueva sensibilidad que el polígrafo asturiano será capaz de asimilar en sus últimos escritos. José Caso González, estudiando los grupos generacionales en el siglo XVIII, señala uno educado en el barroquismo, fundamentalmente crítico, que prepara el camino: es el de Porcel, Campomanes, Burriel, T. A. Sánchez, Montiano y el padre Isla. Después, el de los nacidos en torno a 1735, como Nicolás Fernández de Moratín y Vicente García de la Huerta, que califica de «rococó»; el de los que nacen alrededor de 1750, que considera «de transición», en el que incluye a Tomás de Iriarte, Pedro Montengón, Jovellanos y Cadalso (este último, como se ve, discutible, ya que su fecha de nacimiento es más cercana al grupo de 1735 que al de 1750), y, finalmente, el de los nacidos en torno a 1762, considerado «a un tiempo prerromántico y neoclásico», dado que incluye a Meléndez Valdés, Cienfuegos y Marchena junto a Leandro Fernández de Moratín (1). Joaquín Arce, por su parte, ha insistido en un aspecto del tema que nos ocupa, señalando la necesidad

(1) «Los conceptos de Rococó, Neoclasicismo y Prerromanticismo en la literatura española del siglo XVIII», en *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, núm. 22, pp. 10 y 11, 1970.

de «aclarar y precisar» las múltiples facetas literarias de la «poesía ilustrada» e insistiendo en la raíz común del neoclasicismo y prerromanticismo, que no tienen por qué ser contradictorios (2). Cadalso, por tanto, nos va a resultar un ejemplo clave de esta tensión entre el neoclásico y el prerromántico, planteada por él del modo más temprano y radical en nuestro siglo XVIII. Pero más que dicotomía, presenta una pluralidad de facetas y elementos, dados su arraigo en la tradición española (que comparte con el «castizo» Nicolás Fernández de Moratín) y su fidelidad entrañable a Garcilaso, a fray Luis de León; su visión barroca de la muerte, siguiendo a Quevedo, Gracián y Valdés Leal (Wardropper), y estoicismo senequista y ciceroniano (Glendinning). Y su carácter de iniciador del ensayismo moderno, de la estampa costumbrista, germen de la novela (Hughes); de imitador de la tragedia neoclásica francesa a la vez que «romántico» (M. Pelayo, Azorín, Helman, Sebold); de latinista familiarizado con Horacio y Ovidio y traductor para el rey de unos textos copernicanos en inglés, a la vez que divulgador —indirectamente— de Young; satirizador de los «violetos» a la vez que exhibicionista, un tanto pedante, de su erudición, en sus propias cartas, etc.

El abanico de facetas de asedio de la obra de Cadalso es, evidentemente, amplio. Me concentraré en el contraste con algunos de los escritores europeos más representativos de su tiempo a través de un tema central, la visión de la naturaleza, que engloba implicaciones muy amplias a nivel de teoría estética e índice de maduración socio-cultural. El «romanticismo» de Cadalso, enfocado desde puntos de vista diversos por la crítica, podrá quedar así deslindado en un contexto global a la vez que reducido a su justa dimensión.

Si empezamos revisando el panorama de la literatura italiana (dado que la importancia de su influjo en Cadalso es reducida, para continuar después con literaturas de presencia más decisiva en su obra) veremos que lo que pudo recibir a través de sus lecturas y viajes, y en concreto de personajes como Conti, Bernascone y Napoli-Signorelli, miembros de la «Tertulia de la Fonda de San Sebastián», vino más a subrayar su formación clasicista que a incitarle al prerromanticismo. En aquella tertulia, con un nivel polémico y crítico muy distinto al de las academias del siglo XVIII a la vez que más llana y profesional que los salones franceses, tenía lo italiano un peso comparable a lo francés, aunque seguía basado en el comentario y seguimiento de los clásicos; desde Ariosto y Tasso a Goldoni, quien, nacido en 1707, renovaba el teatro italiano sin barruntar el prerromanti-

(2) *Ibidem*, p. 32. Véase también, del mismo, «Jovellanos y la sensibilidad prerromántica», en *BBMP*, núm. 2, pp. 139-177, 1960.

cismo, a pesar de haber conocido a Rousseau durante su estancia en París. Parini (1729) y Alfieri (1749) tampoco superan lo neoclásico. Sólo a partir de Foscolo (1778) y sus «Sepulcros» emerge tardíamente la sensibilidad prerromántica.

La evolución de la literatura alemana es ya radicalmente distinta. Si Italia había hecho posible la preceptiva racionalista que Francia divulgaría e impondría en Europa, Alemania encarna el debate entre razón y sentimiento que caracteriza al XVIII. Durante este siglo se enfrentarían dentro de la aún poco integrada nación un barroco tardío en el primer tercio, una Ilustración («Aufklärung») contrastada por el interesante sentimentalismo paisajista de ciertos autores suizos y la convulsión del «Sturm und Drang» con la madurez clasicista de Goethe. Nos interesa establecer una comparación, en primer lugar, entre Cadalso y los poetas suizos Johan Jacob Bodmer (1698-1754) y Johann Jacob Breitinger (1701-1766), que publicaron en Zúrich los *Discursos de los pintores* en 1721, donde acuñan el concepto de lo «pintoresco» de tipo prerromántico, según José María Valverde:

«Como en el territorio de lengua inglesa, en la lengua alemana el romanticismo empieza a alborear por el paisaje, parece naturalmente propicia a eso Suiza» (3).

El naturalista Albrecht von Haller (1708-1777) publica el poema *Los Alpes*, inspirado por este nuevo sentimiento ante el paisaje, que la ciencia ayuda a reformar en cuanto admiración y empatía ante un orden natural no sólo pictóricamente bello, sino sintónico con el yo del poeta. El pintor Salomón Gessner (1730-1788) publica sus *Idilios* con una influencia literaria posterior casi comparable a la arrolladora de otro suizo paisajista, Juan Jacobo Rousseau (1712-1778), que por ser ginebrino se expresó en lengua francesa. No tenemos noticia de que Cadalso leyera alguna traducción al francés de los primeros, ni ningún rastro literario en su poesía o prosa de esta nueva capacidad de mirar y sentir el paisaje. *Ocios de mi juventud* revela un neoclasicismo enraizado en Horacio, Ovidio, Anacreonte, Villegas, Garcilaso... que impide a sus apasionados sentimientos romper los moldes convencionales a pesar de la interpretación forzada que hace Sebold de la *Carta escrita desde Aragón* y otros poemas impregnados de melancolía, formalmente más cercanos a Garcilaso y otros clásicos que al romanticismo verdadero (4). El hecho es que Cadalso contrasta con Bodmer, Breitinger y Von Haller por su limitada y encorsetada

(3) Véase *Historia de la literatura universal*, de Riquer y Valverde, B., Planeta, 1968, páginas 410 y ss. Del mismo, *Vida y muerte de las ideas*, B., Planeta, 1980, pp. 173 y ss.

(4) Véase *Cadalso: el primer romántico «europeo» de España*, M., Gredos, 1974, pp. 126-133. Ya en 1951, Edith Helman afirmó el romanticismo de Cadalso, que M. Pelayo había apuntado antes.

expresión literaria del paisaje. Una primera evidencia es que en la literatura en lengua alemana este carácter fundamental del romanticismo, el sentimiento empático del paisaje, se desarrolla casi un siglo antes que en España; tendríamos que llegar al Jovellanos maduro para ver asomar una sensibilidad análoga. Klopstock (1724-1803) reconoce su deuda con estos suizos, ofreciéndoles su poderosa poesía telúrica y sentimental. No parece probable que Cadalso recibiera influencia de poetas alemanes dada la dificultad de la lengua y las comunicaciones, la hegemonía cultural de Francia y la idea peyorativa de España que dominó en Alemania hasta los albores del romanticismo. La imagen de lo español era un caricaturesco estereotipo basado en la «leyenda negra». Parece que Cadalso, en su segundo viaje por Europa (1760-1762), atravesó los Países Bajos, Alemania e Italia, aunque su verdadero aprendizaje y lo más demorado de sus estancias se realizó en Inglaterra y Francia. (Tampoco un viajero tan lúcido y meticoloso observador como Leandro Fernández de Moratín, en 1793, se dio cuenta del florecimiento cultural de la época de Goethe. Por otra parte, desde 1772 Herder estaba poniendo las bases de la revalorización de la literatura española en Alemania.) (5). Johann Gottfried Herder (1744-1803), contemporáneo de Jovellanos y de Cadalso, está en otra órbita, sobre todo en relación a éste; mucho más cercano al romanticismo. Herder insiste en la primacía del sentimiento y la imaginación, abriendo las puertas del inconsciente en sus escritos de 1775 sobre los sueños a los autores del *Sturm und Drang*. Albert Béguin (6) ha distinguido entre el romanticismo alemán, imbuido de ciencia y filosofía, convencido de poder recuperar la armonía primitiva del hombre con el mundo y con su inconsciente, que confería al poeta la misión de preparar la reintegración final de la humanidad en la unidad originaria; y el romanticismo francés, limitado al desahogo subjetivo de sus sentimientos y congojas. Cadalso está mucho más cerca del francés (recordemos que su obra más tópicamente prerromántica, las *Noches lúgubres*, está más cerca de la adaptación de *Le Tourneur* que del original de Young). Un artículo certero de José F. Montesinos contribuye a demostrarlo (7). Entre el conocimiento «mágico» por medio del sueño, que pone la vida oscura del alma en relación con la inmensa realidad presentida más allá del mundo sensible y el atormentado y solipsista lamento de Tediato en su «noche cerrada» ¡qué abismal diferencia entre dos versiones del romanticismo! Otro autor alemán, Johann Georg Hamann (1730-1788),

(5) Véase Gerhart Hoffmeister: *España y Alemania*, M., Gredos, 1980, pp. 114-136.

(6) Véase *El alma romántica y el sueño*, MFCE, 1954, p. 401.

(7) Véase «Cadalso o la noche cerrada», en *Cruz y Raya*, 1934, núm. 13. Reeditado en *Ensayos y estudios de literatura española*, M. R. de O., 1959.